

Mié

15
Abr

2020

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

"Sus ojos no eran capaces de reconocerlo"

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 1-10

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a cuestras a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo:

«Míranos».

Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo:

«No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda».

Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo de hoy

Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas todos los pueblos.

Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.

Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 13-35

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado estos días?».

Él les dijo:

«¿Qué?».

Ellos le contestaron:

«Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana la sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo:

«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria».

Y, comenzado por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo:

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.

Y se dijeron el uno al otro:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión del Evangelio de hoy

En nombre de Jesucristo echa andar

Hay ocasiones que la vida nos muestra su lado más amargo. En esta ocasión es la de un lisiado que pide limosna en el templo. Pedro y Juan se encuentran con él. Pedro le regala la vida, lo que tiene, la fe y la fuerza para andar.

A veces, necesitamos que alguien en nuestro camino nos empuje a caminar, a mirar a nuestro lado y comprobar quién es el que nos pide limosna. No siempre es dinero lo que se puede ofrecer, o comida, sino una visión del aliento que cada uno tiene para echarse andar.

Pedro ofrece lo que tiene: **el Nombre de Jesucristo**. El lisiado no se agarra a Pedro sólo. Sobre todo, es el Nombre de Jesucristo, pronunciado por Pedro, el que obra el milagro. Dice el texto, que al instante se le robustecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar, y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios.

En ocasiones necesitamos como el lisiado de asirnos a la mano de alguien para poder incorporarnos a la vida. El desánimo nos puede y tenemos la necesidad de una palabra de aliento. Creemos que no podemos, pero la debilidad es posible vencerla con gestos de fe. Y son los pasos de fe los que nos conducen a la alabanza. El comprobar que la fuerza ha venido a mi cuerpo, a mi mente, al sentido de mi vida y que todo ha sido gracias a Dios, es una gran prueba de fe y de esperanza para continuar la vida.

Es necesario soñar con un incorporarnos a la vida, a la normalidad; con sueños reformados y con las heridas curadas en este tiempo de pandemia. El pánico, la alarma han de quedar atrás, cuando sea la prudencia la que abra las puertas a este mundo tocado por la fragilidad. Quizás nos creíamos muy fuertes, intocables, arrogantes, y esta pandemia nos ha mostrado el lado amargo de la debilidad.

Muchos nos están dejando, otros muchos están siendo presa de este virus desalmado, pero la fragilidad tiene su propio testimonio. Nos lo dejó Pablo (2ª Cor. 12, 7-10) **“Te basta mi gracia: La fuerza se realiza en la debilidad”**. El testimonio de la debilidad está en Dios, no para vernos únicamente débiles, sino para comprender que es posible salir de cada situación que nos genere desconcierto, desconfianza o tristeza. Echar andar ha de ser nuestro comienzo, pero luego, no podemos olvidarnos de bendecir y alabar a Dios por habernos cuidado, y liberado de esta situación.

Hay un escenario de muerte en todo el mundo, pero hay países cuyo escenario de muerte se ha incrementado doblemente con el hambre, la guerra, la emigración, la persecución. Después de todo, hemos de buscar en nuestro interior la gratitud dirigida a Dios, porque el escenario que estamos viviendo, podría oscurecerse aún más por la irracionalidad del hombre.

Sus ojos no eran capaces de reconocerlo

Tenemos con la escena de Emaús, una escena de aprendizaje sobre la fe. Dos discípulos desconcertados por lo sucedido a Jesús: Su pasión y muerte en la cruz. Mientras iban de camino, Jesús en persona se les acerca y se puso a caminar con ellos.

En ocasiones, sin que nuestros ojos se percaten, la vida se pone a caminar de nuestro lado. No reconocemos con nuestros ojos lo que Dios nos brinda cada día en forma de vida. Escogemos lo complejo en lugar de lo simple, la confusión en lugar de la claridad, la tristeza en lugar de la alegría, la muerte en lugar de la vida.

A veces, necesitamos que alguien nos declare torpes y necios para creer lo que anunciaron los profetas. Hemos tenido una gran lista de hombres sabios y llenos de Dios que nos explicaron las palabras de los profetas, y no hemos creído. Hemos tenido una gran cantidad de oportunidades para enfrentarnos a la vida con esperanza. Hemos tenido al lado, como compañero, al mismo Dios, pero hemos cerrado los ojos.

Es una declaración que impacta que alguien te llame torpe y necio. Pero hay ocasiones que es más importante que alguien nos declare como tales. No a modo de insulto, sí a modo de desencajarnos de nuestra comodidad, a la hora de caminar por la vida cabizbajos y desalentados. Porque en la tristeza, la depresión y la desilusión también existe una cierta comodidad. Aquella que me inclina a pensar que es alguien quien tiene que resolverme la vida. San Agustín, recoge el pensamiento siguiente: *“Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”*. No hay camino que se recorra solo, a sí mismo. Todo camino necesita un protagonista, alguien que lo recorra, y cuente la experiencia. Lo mismo ocurre con el camino de la fe.

Los discípulos de Emaús recorrieron un camino con el resucitado, que era un camino de aprendizaje de las Escrituras, no era un camino de retorno a la alegría, sino un camino de alegría recreada. Es un camino de reconocimiento, la vida no se pierde por una desilusión, por una tristeza, o por una debilidad; la vida vuelve a latir y hace arder los corazones cuando alguien nos da alimento de pan y de palabra. El encuentro con el Dios de la vida nos conduce a levantarnos y a encontrarnos con los que han tenido la misma experiencia.

Oremos que cada día podamos incorporarnos a la vida con un corazón y aliento renovados por el Dios de la vida, que nos llama a la alegría.



Fray Alexis González de León O.P.

Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)